

REPUBLICA

DIARIO INDEPENDIENTE DE LA TARDE

Redacción y Administración:
Mariano Sanz, 6 y 8 ent.
Teléfono núm. 1.366
No se devuelven los originales aunque
no se inserten

Precio de Suscripción:
Cartagena 2 pías al mes
Provincias 3 " trimestre
Extranjero 18 " "
EJEMPLAR 10 CTS

Año I

Núm. 127

DIRECTOR: J. RODRIGUEZ CANOVAS

Cartagena 27 de Octubre 1931

RELIGION Y TURISMO

Otra vez la milagrería se adelanta a primer término, haciéndose punto convergente de miradas burlonas, y de nuevo, nos llega otra estampa vieja, se nos ofrece un cuadro medieval, como si hubiéramos emprendido una marcha regresiva por un mar de siglos yertos. Cuando suponíamos disipadas las sombras del fanatismo al empuje formidable de la ciencia; cuando la sensibilidad enfermiza que engendra fantasmas y el fervor delirante del visionario, los creíamos incorporados, definitivamente, a un período histórico naufragado en el tiempo, he aquí a la realidad poniendo ante nosotros supervivencias, taras arcaicas. Si en el siglo de la radio, las velocidades aterradoras y el marxismo, todavía podemos encontrar seres cuyas raíces espirituales se hundan en la noche del medioevo, esto indica que las esencias de la civilización no han calado los profundos estratos del hombre. Sólo una porción de humanidad—la excelente, la mejor dotada—ha conseguido libertar su espíritu de la pesadilla supersticiosa; más otra sigue víctima de sus terrores y de su ignorancia.

Las apariciones de Ezquioga, en la hora presente — dinámica, henchida de acción presurosa — carecen de potencialidad sugestiva. Vienen demasiado tarde. Tenemos los nervios entonados en demasía, por el entrenamiento que supone los constantes milagros de que hemos sido testigos en los años últimos. No puede ya sacudir vigorosamente nuestro ser uno más, por enorme que sea el trastorno de las leyes naturales que suponga. Lo que acaso lograra prender asombro en los espíritus, sería contemplar cambiado, superado—a golpe de varita mágica—el exponente intelectual—y aún moral—de cierta compacta falange hispana, misérrimo por desgracia. De un sector de opinión, bastante conocido, muy a gusto en su penuria de sentido común.

En Ezquioga, se explota desvergonzadamente la credulidad y la ignorancia de un grupo de fanáticos. Dentro de muy poco, aquel punto del mapa será—ya casi lo es—estación de turismo religioso; lugar predilecto de visionarios, histéricos y locos de todos los matces; una mancha ignominiosa para la República, que urge evitar que caiga; una lamentable página, digna de los tiempos de Carlos el Hechizado, que es preciso arrancar del limpio capítulo que ahora escribe España.

Y no vamos a llamar la atención de las autoridades republicanas. Nadie debiera ser más interesado que el catolicismo español en oponer un infranqueable muro a las supercherías y los histerismos empapados de religiosidad. Si no lo hacen, pagarán la torpeza a buen precio. Los abusos, las "milagrerías", las incursiones en terreno político, están acabando con el prestigio—muy quebrantado ya—de la Iglesia y el catolicismo españoles. Hiere más hondo en la decrepita carne del catolicismo; es más disolvente una lágrima de sangre del Cristo de Limpias, o la aparición de la Virgen en Ezquioga, que los trenos apasionados y vibrantes del más inspirado heterodoxo.

Los católicos modernos; quienes conceden valor preferente y destacan a primer plano los valores espirituales y filosóficos de su religión, han de condenar, con su palabra más severa y el más resuelto ademán, los excesos y supercherías engendrados por el histerismo. Si de veras aman la verdad, si quieren salvarse de la ola de ridículo amenazadoramente levantada frente a ellos, ellos mismos han de disparar el primer dardo contra el coro de farsantes. Su mano, antes que otra ninguna, debe rasgar, quitar presurosa la venda que la ciega fé puso en los ojos de los ingenuos creyentes.

Pasaron los tiempos en que las religiones se vigorizaban con los cenios de taumaturgia. La época presente—analítica, científica, ganada por el excepticismo y plegada, en movimiento desconfiado, sobre lo material y tangible—tiene una mueca despectiva para los "milagros". Las religiones subsisten gracias a sus valores filosóficos y morales. El aspecto mágico, lejos de atraer, ahuyenta.

No más farsa. No más hoteles desbordando una humanidad rezagada, lastre que sonroja, esperando la hora para trasladarse al lugar donde se producen las apariciones divinas con puntualidad británica. Acabe ya la especulación judaica—estafa a la inteligencia y el bolsillo—sobre los dogmas. Reclúyanse los enfermos delirantes en Sanatorios, para que no perturben relutando sus desvarios como realidades. Acabe el trasnochado y vergonzoso espectáculo del fanatismo. Más cultura; recordemos que vivimos ¡el siglo veinte!

ISEÑOR ALCALDE

Querria V. S. comprobar o desmentirnos ciertos rumores que llegaron a nuestros oídos.

Verá Vd. D. Amancio Juan.

El que nos vino con el cuento nos aseguró que a eso de las 7 y media se plantó un grupo de obreros parados en la Alcaidía.

Que estuvieron discutiendo con Vd. Que en el fragor de la verborrea aseguró V. S., con el "academicismo" que le distingue, "que lo que aquí sucede es que no hay vergüenza".

Que uno del grupo, que cumple su misión con mucho celo (vamos, que ceja bien su cometido) le dijo, como si V. S. fuese un Juan cualquiera, que allí el único que no.....

Que sonó una enorme ovación del grupo que pedía trabajo.

Que intervino Miralles para afirmar que el pueblo tenía hoy un Alcalde modelo y el grupo le abuchó y no le dejó concluir la frase.

Que la protesta fué porque Vila S. Juan y V. S. señor Alcalde, habían ofrecido colocar el lunes, ayer, a 1.200 obreros en casa-ruina y que "mequacuam".

Que V. S. designó a Miralles, Peñalver y tres obreros, para que con 500 pesetas yel Packard se fuesen a recorrer el mundo en busca de Vila S. Juan.

Que a las 8 y media subía las escaleras del Ayuntamiento, en busca del señor Alcalde, el Capitán de la Guardia Civil.

Que dicho oficial había sido requerido por V. S.

Que el Comisario de Policía le visitó a eso de las 10 de la noche.

Que V. S., señor Alcalde, poniendo

CRIMEN MISTERIOSO

Paris, 12 m.
La madrugada última, en la Rue Monsieur—le—Prince y tendido en el arroyo junto a la acera fué hallado muerto el agente italiano de espectáculos Pietro Lajazotti, cuyo cadáver presentaba dos profundas puñaladas a la altura del corazón.

La policía ha comenzado con toda actividad las pesquisas para avariguar el paradero del autor o autores del crimen, que hace sospechar, dada la vida aventurera de la víctima, que se trata de una venganza.

Agencia Hovas.

CANCION

Alta va la luna,
bajo corre el viento.
(mis largas miradas
exploran el cielo.)
Luna sobre el agua.
Luna bajo el viento.
(Mis cortas miradas

exploran el suelo.)
Las voces de dos niñas
venían. Sin esfuerzo,
de la luna del agua
me fui a la del cielo.

E. Garcia LORCA

PLUMA AL VIENTO

IDEALES.

Si, mi buen amigo. Todas esas inquietudes que usted siente, todos esos proyectos que acaricia, constituyen el dilatado campo de su ideal. Acaso, porque no se haya encontrado aún en sí mismo la necesaria, la imprescindible decisión, no conozca todavía los caminos y senderos de ese campo y se encuentre frente a sus mismas puertas detenido e ignorante de ellos; como si tuviera una venda en los ojos. Acaso también, porque todo es posible, a la debilidad en la decisión se unan vagos temores de la opinión ajena. Si ocurre esto, si tal fenómeno se opera, no se esfuerce en vencerlo porque nunca se puede ir en contra del propio temperamento; pero no ahogue, no sacrifique sus inquietudes, no mate su ideal, sino, por el contrario, avive un poco más en cada hora su lumbré íntima, y luche en silencio para que el espíritu no emudezca.

Verdad es, mi buen amigo, que la realidad, toda esta realidad que nos cerca, que nos aprisiona en sus estrechos límites, está llena de bellequerías, de sinrazones, de agravios, de apetencias. Verdad es asimismo que en numerosas, en incontables ocasiones, la realidad es demasiado fuerte para ser dominada y vencida, y es ella quien derriba y arrolla. Pero he aquí entonces cuando ha de manifestarse el verdadero valor, la expresión máxima y justísima del ideal; y es que siempre debe ir asistido por la virtud, la moderación, la sobriedad y el desinterés, que uniéndolo continuamente en fortaleza harán de sus caídas sólo una aparente pérdida de vencimiento.

Si, mi buen amigo verdadero. Y todo ello servirá para que nunca el alma esté fría; todo ello servirá para que, siempre, en los midos de antaño tengamos pájaros hogafío.

CINCINATO

EL ORGANILLO DE LA U. P. LOCAL DICE:

que "en una palabra, que hacen falta hombres de verdadera democracia bien entendida".
¿Se entera Vd. D. Amancio Juan?

KIKIRIKI...

EL NINO.—Señor, he sido pensionado por el Ayuntamiento. Quiere usted decirme qué centros oficiales hay en Cartagena, donde pudiera ir a recibir lecciones en consonancia con mis aptitudes e inclinaciones?

EL TRANSEUNTE.—En ningún sitio mejor que en un laboratorio de orientación profesional, para informarte de lo que deseas, aunque de esto se habrá preocupado nuestro Municipio. Otra cosa sería, hijo mío, si hubiera por ahí un psicotécnico, un psicofisiólogo, un psicopatólogo, etc., pongo por psico-enchufistas amigos; pero, al parecer, no contamos con este material en la cartera de los favoritismos, y tendrías que conformarte con el siguiente "informe": si tus conocimientos no pasan de ser iniciales de la primera enseñanza, tienes unas bien dotadas Es-

en ridiculo el cargo y desprestigiándolo.

Que ya, ni los obreros le toman en serio.

Que con jugar al Parchesi no se resuelve nada para el pan de los obreros.

uelas Graduadas; una Sociedad de Amigos del País, si son disciplinas de orden artístico; si, te encontraras con fuerzas, y te decidieras a estudiar alguna de las carreras oficiales, puedes ir al Instituto, primer escalón de todas las universitarias; a la Escuela de Comercio de interesarte hacer estudios mercantiles; si quisieras ser Ingeniero industrial o seguir alguna de las profesiones de técnico industrial, mecánico o electricista, ve a las Escuelas del Trabajo.

EL NINO.—Esque me han dicho que no sé qué de una Academia Municipal.

EL TRANSEUNTE.—No hablemos de eso, eres muy niño, y no es cosa que antes de aprender lo útil recibas "lecciones" de Monipodio".

MAC.

Quiere Vd., señor Alcalde, dejar de sentirse Juan Pueblo y tomar en serio la Alcaidía?

Quiere Vd., señor Alcalde, desmentir todo lo que ha llegado a nuestros oídos?

EPISTOLARIO REPUBLICANO

CARTA A UN JOVEN CONSERVADOR

¡Ya vé usted, franco enemigo, ya vé usted! No es la República causante de los males que padecemos. Su ídolo más resplandeciente lo dijo,—días pasados—si bien no se ha expresado toda la verdad al señalar el verbo de Ossorio y Gallardo las causas originarias de los trastornos que conmueven dolorosamente el cuerpo nacional.

Ya no podrá usted acercarse a mí, con su boca distendida por una irónica sonrisa flordelisada, y con una frase zumbona a flor de labios. No podrá, porque le ha fallado su sosten moral más recio. Y aún, la posición de usted sería más embarazosa, más difícil, si el apóstol no hubiera dejado en reserva la mitad de las verdades. Acaso la mitad superior en contenidos amargos. Pero yo le voy a repetir—en compensación a esta falta—, una vez más, lo que tantas veces he dicho, cuando el azar nos ha reunido y las divergencias doctrinarias han disparado—uno contra otro—las baterías dialécticas de que disponemos.

Usted, mi resuelto enemigo político, es un rezagado que navega con demasiado lastre a bordo. Ese peso, del cual no se atreve a libertarse—acaso porque constituya su verdadera y única personalidad y, al lanzarlo por la borda, teme desvanecerse como el humo—"razones históricas", "tradiciones patrias", "psicología especialísima del español", le impide elevar su entendimiento, avanzar hasta colocarse bajo el signo de nuestra época. Vé las cosas añejas con una luz arcaica que las desfigura. Y cuando alguien protesta, usted, señor, piensa en la estaca. No busca—y es obligación ciudadana ineludible—los orígenes del clamor, y la forma racional, civilizada, de evitar que se produzca por evidente deficiencia.

Estas frases, son respuesta a la írenética indignación que le domina cuando se produce una huelga. Yo recuerdo siempre sus ademanes descompuestos, sus mandíbulas apretadas—el menton en agresivo avance—cuando un obrero anémico, sin pan ni cultura, pide una pequeña, una insignificante mejora. ¡Cómo añora usted, entonces, los tiempos en que la bandera monárquica—rojo y gualda, a secas—ondeaba contra el azul del cielo hispano!

Pues aquella bandera bicolor que tanto le emociona, tiene la culpa de todos los sobresaltos de ahora. Estamos pagando los enormes desaciertos, las injusticias, las francachelas que sus pliegues cobijaron. Recuerde la guerra colonial, las ofensivas y retiradas en los campos africanos, las oportunidades, desaprovechadas, que ofreció la contienda europea, para dar impulso a nuestras industrias. Suponga el elevadísimo grado de odio que deben cobijar los pechos obreros, oprimidos hasta la asfixia por las botas de don Alfonso y sus secuaces. Estos recuerdos y esta suposición le darán la clave de los acontecimientos, si tiene en cuenta, además, los manejos monárquicos y la crisis aguda de la post-guerra.

No, ya no podrá usted, mi franco enemigo, acercarse a mí con la boca distendida por una leve, irónica sonrisa flordelisada. Porque cuando usted vaya a soltar la consabida frase zumbona, yo le atajaré diciendo: "No sea cínico, y cállese. Estamos pagando el importe de la juerga plebeya que ustedes se corrieron."

SACHA

De la "Academia Municipal"

He aquí la carta del señor Hernández, a que nos referíamos ayer, cuyo contenido refutaremos mañana, a la vez que exponemos nuestros puntos de vista en este asunto.

"Yo quisiera, aunque no fío en propias facultades, hacer un trabajo que tuviese, al contestar a República en su fondo del sábado la virtud de invitar al artífice a la meditación. Y que de esta meditación como conseja saliera algo útil: la necesidad de no dejarse llevar de la pasión y de una manera ponderada tratar las cuestiones dando a Dios lo que es de Dios, al César lo que es del César, condecorando para fusilar luego, si es preciso, dispensando la crítica más severa para hacer un alto y tributar el aplauso. Nobleza obliga. Y solo de almas nobles de aquellas almas en que se alberga la nobleza es digno el escuchar los comentarios.

Si del artículo me dejase libremente impresionar, como de una suposición lo hace el señor Sanz, a dónde iríamos a parar? Yo creo que es este un caso de intoxicación que le desplaza por un momento de su natural campo de la corrección. Es además un mentis a aquel comentario tan de común acuerdo discutido, coincidente y protestado al mismo tiempo de la falta de respeto, de cortésia, de consideración tan frecuentes en nuestra prensa local para tratar cuestiones y que—coincidiendo también en esto—acusaba falta de honrría y repugnancia—aun cuando justificados fueren los hechos—del desgarro en forma y fondo no visto en prensa alguna. No amigo Sanz. No hay que dejarse guiar

por los jaleadores que insensiblemente le arrastran a uno por la pendiente en la que un obstáculo cualquiera al detener la marcha obliga a sonrojarse. Esos espíritus cobardes por naturaleza pero con paladar anhelante de sabores fuertes, que continúan en la oscuridad de su tertulia carnívora, la grosera labor de despedazar al prójimo. Pero que no le inviten a ser creador de una mercancía que a buen seguro antes de llegar a estómago delicados habría de causar la repugnancia. No puede ni la pasión política siquiera, disculpar ciertos excesos que tu hoy friamente al margen de los otros en soliloquio con tu conciencia calificarás a buen seguro de manera más severa que yo.

Nada sería mejor para demostrar tu ligereza e invitarle a meditar sobre otros derroteros, otras normas distintas para el sano enjuiciamiento, como coger el esqueleto de tu artículo, descarnado de su podredumbre y haciendo un sacrificio disponer sobre él podredumbre nueva pero cuyo olor fétido te llegará muy de cerca. Es el refrán de escarmentar en cabeza propia y es por él por donde voy a intentar demostrarte mi amistad.

Supongamos que sanamente, honradamente, en un momento de esos en que aun sin poder cedemos a los demás lo mejor que tenemos, se te ocurre proponer la creación, como manifestación de cultura, de una banda de música municipal pongamos por caso. Y supongamos también que un periódico y un periodista de lucha—claro que equivocando lo que es la lucha—pero de lucha cordial, co-